

(Re)construcción espacial del sujeto ciudadano

Mijo Miquel Bartual

Facultad de Bellas Artes de San Carlos
Universidad Politécnica de Valencia

mijomik@gmail.com

Spatial (Re)construction of the Citizen

RESUMEN: En este texto, partimos de la consideración general de la ciudad como laboratorio de experimentación, espacio de negociación y transformación constante que nos permite reflexionar sobre los posibles procesos de innovación cultural que hoy en día están emergiendo a partir de propuestas colectivas de transformación del territorio, en parte vinculadas a un municipalismo con aspiraciones de institucionalización. Nuestra hipótesis es que, a través de la activación de espacios de oportunidad para la transformación social, espacios tanto conceptuales como físicos, se produce la creación de comunidades de confianza y deliberación que, mediante un proceso conjunto de análisis, toma de decisiones y acción, activan procesos de aprendizaje de una ciudadanía activa.

PALABRAS-CLAVE: ciudadanía activa, comunidad, deliberación, transformación espacial

ABSTRACT: In this paper, we have started from the general consideration of the city as a laboratory for experimentation, a space for negotiation and constant transformation that allows us to reflect on possible processes of cultural innovation that are emerging today out of collective proposals to transform the territory, partly linked to a municipalism with aspirations of institutionalization. Our hypothesis is that, through the activation of areas of opportunity for social transformation (both conceptual and physical), the creation of trust and deliberation communities is produced through the sharing of analysis, decision making and action processes, activating learning processes of active citizenship.

KEYWORDS: active citizenship, community, deliberation, spatial transformation

1. (Re)construcción espacial del sujeto ciudadano

En este texto, partimos de la consideración general de la ciudad como laboratorio de experimentación, espacio de negociación y transformación constante que nos permite reflexionar sobre los posibles procesos de innovación cultural que hoy en día están emergiendo a partir de propuestas colectivas de transformación del territorio, en parte vinculadas a un municipalismo con aspiraciones de institucionalización. Nuestra hipótesis es que, a través de la activación de espacios de oportunidad para la transformación social, espacios tanto conceptuales como físicos, se produce la creación de comunidades de confianza y deliberación que, mediante un proceso conjunto de análisis, toma de decisiones y acción, activan procesos de aprendizaje de una ciudadanía activa.

Por ello, la primera pregunta que nos hacemos es sobre qué espacios son aptos para deliberar, qué tipo de espacios existen o deberían existir para que la sociedad se dé formas para renovarse como tal en un contexto urbano, con esa doble vertiente de aislamiento y promiscuidad, de extrañeza y familiaridad en las relaciones que le caracteriza. Por supuesto, en este cuestionamiento, nos interesa



no sólo el contexto en el que se produce sino también los agentes que actúan en él. Si estamos buscando un sujeto histórico para la transformación, incluida la espacial, deberíamos considerar ante todo la figura del ciudadano, no sólo por una cuestión cuantitativa, en un momento en el que el 60% de la población vive en ciudades es casi redundante decir que es el actual sujeto histórico de transformación, sino porque nos interesa investigar sobre sus características específicas respecto a otros entornos, sobre las condiciones óptimas para el desarrollo de una ciudadanía activa.

Tras una aproximación a estas dos cuestiones —qué tipos de espacios fomentan procesos deliberativos y qué tipo de características tienen que ver con el desarrollo de una ciudadanía activa— se dilucidará si podemos establecer una vinculación entre determinados espacios y acciones y el aprendizaje y desarrollo de virtudes deliberativas que convengan especialmente a la construcción de ese sujeto ciudadano del siglo XXI que pueda afrontar la crisis sistémica a la que nos vemos abocados: ecológica, económica y política, pero también personal.

2. Construcción (mental) del espacio

Como decía muy acertadamente Simmel (1986), el espacio es ante todo una construcción mental, la extensión de nuestra esfera de voluntad, por lo que nos gustaría referir brevemente la transformación que ha experimentado el ámbito urbano en nuestra cultura. Desde una concepción inicial en la que el espacio se definía en términos dicotómicos de sagrado y profano, en donde los lugares antropológicos funcionaban como relatos de creación, como elementos fijos que daban sentido a todo lo que le rodeaba pasamos, del siglo XVI al XVII, a un espacio secularizado que no corresponde al antiguo espacio profano sino a la noción general de espacio como conocimiento situado. Esto sucede a través del desarrollo concomitante de toda una serie de saberes que se ocupan de situar a los cuerpos en el espacio (Sennet, 1997): qué hace quién y dónde, de manera que la ciudad se oriente y construya no sólo en relación con los lugares que le otorgan sentido (físico y metafísico: el castillo y la iglesia) sino a la optimización de los desplazamientos entre ellos.

Los modelos teóricos de las ciencias (la estadística, la anatomía, la física, etc.), se convierten en modelos de planeamiento urbano en donde cuestiones como la circulación y la salud, o más bien, la higienización, se trasladan “naturalmente” del

cuerpo sano a la ciudad sana y eficaz. Somos herederos de esta deriva mental en la que se consolida la forma cultural de la ciudad priorizando la racionalización del movimiento, la canalización del flujo de personas y mercancías; por eso las ciudades están hechas para el tránsito y, en concreto, para el tránsito del hombre blanco con trabajo y coche —especie cada vez más en vías de extinción. La extensión de esta misma lógica en el mundo considerado como un espacio de desplazamientos que se intentan racionalizar tiene manifestaciones colaterales en cuestiones tan diversas como los estudios de marketing de supermercados en donde se camuflan estímulos y recorridos para naturalizar el máximo consumo, o en sus correlatos virtuales, en donde las *cookies* son las balizas de nuestro camino y las ventanas *pop-up*, estanterías digitales de incitación al deseo plural, evidenciando todo ello que la rentabilidad espacial es uno de los principios rectores de nuestras sociedades desde hace ya mucho tiempo.

Esta medición rentable del suelo se hace visible en cualquier desarrollo urbano: las áreas cuya ocupación en sí dota de prestigio a sus habitantes, el desplazamiento de los poderosos siguiendo costumbres y desarrollos técnicos (buscando zonas soleadas o sombrías) la proximidad de los centros de gobierno o, por el contrario, el alejamiento del núcleo medieval en busca de una planificación periférica perfecta en términos de movilidad e higiene. Todos estos flujos de condiciones físicas y valores asociados se han estudiado en indecibles ocasiones en todas las urbes occidentales, siendo incluso acuñado el proceso de *gentrificación* con esta palabra de origen anglosajón que recoge tan bien el carácter doble de la transformación urbana: especulativo y simbólico, ese pasar de ser parte del pueblo a devenir gentil, ni más ni menos, previo desalojo de sus antiguos ocupantes.

Todo ello nos lleva a incidir en el hecho de que la ciudad es, ante todo, un espacio de conflicto en el que los modelos de ciudad, los usos y los diferentes ciudadanos se disputan el derecho a imponer esa urbe ideal que sueñan. Desde los conflictos más básicos de las ciudades contemporáneas, sometidas a la tensión permanente entre el ocio y el sueño, el turismo y la vida cotidiana, hasta las operaciones especulativas de dimensión internacional, todo nos habla de quién tiene derecho a decidir en la ciudad y en base a qué privilegio (Borja y Muxí, 2011). Porque, aunque la ciudad esté hecha de piedra amasada con asfalto y cristal, esa piedra se encarna en nuestros cuerpos, es nuestra tercera piel (Miquel, 2015) con la que y en la que vivimos. Simultáneamente, nuestros cuerpos con sus ideas se fosilizan

en las calles, evidenciando la distinción entre la ciudad y lo urbano, ese escenario inmóvil en donde emerge lo móvil, lo negociable, lo efímero (Lefebvre, 1972). En ese margen entre lo planificado y, aun así, destituible escenario donde suceden nuestras vidas y la extensión de nuestra voluntad que modifica el paisaje, se juega nuestra condición política, el gobierno de nuestra polis que consiste fundamentalmente en la negociación desigual con diversos grados de imposición, pero siempre por la fuerza aunque sea la del número o la del mérito (Delgado Parra, 2011).

3. Espacios residuales y cambio social

Si analizamos los diferentes criterios que han contribuido a definir las políticas públicas urbanas en las últimas décadas (García Bernardos e Iglesias Costa, 2015), veremos cómo se ha tendido mayoritariamente a considerar la ciudad como un espacio para la *emprendeduría* y la reactivación económica, aunque recientemente hayan aparecido movimientos institucionales que pretenden trabajar contrarrestando la noción de ciudad neoliberal con la de ciudad del común. Tanto las instituciones como los propios ciudadanos tienen un margen de acción posible en su propio territorio ante el que pueden optar por actuar con total indiferencia, acatar las normativas existentes o bien implicarse tanto en la modificación de criterios de acción como en la ejecución de los mismos. En esta última opción, los ciudadanos pueden intervenir proactivamente de forma colectiva en los flujos e intereses de la ciudad buscando el enfrentamiento abierto, la participación inclusiva, o simplemente la mediación entre agentes orientada al acallamiento de conflictos.

Por todo ello, en estas ciudades en las que son cada vez más reducidos los espacios comunes en los que la negociación no sólo es posible sino que es imprescindible, y, sobre todo, espacios donde se puede regular el propio funcionamiento deliberativo, nos parece importante subrayar la importancia de los espacios indefinidos, aquellos intersticios que escapan al planeamiento urbano y social, que existen no en burbujas separadas, pues nada escapa a la lógica del poder y aún menos en la polis, sino desarrollándose de forma paralela e incluso convergiendo con las instituciones en diversos grados. Proyectos como Patio Maravillas¹ en Madrid, CanBatlló² o el PlaBuits³ en Barcelona o les Naus de Ribes⁴ en Valencia, por citar algunos en concreto, plantean la necesidad de definir criterios que permitan hacer ciudades para la convivencia

y el desarrollo social frente a la priorización monolítica de la economía. Y lo hacen desde lugares muy diversos: desde centros sociales okupados hasta propuestas de transformación de solares realizadas por el ayuntamiento, dando con ello cuenta de la porosidad social de sus planteamientos. En estos proyectos, se recuperan y dinamizan espacios residuales que han escapado a la planificación; lugares como naves industriales o fábricas en desuso, patrimonio industrial abandonado, solares vacíos como heridas en la ciudad sangrada, situados tanto en la periferia como en el centro urbano. En estos casos de reactivación, dichos espacios funcionan como un elemento catalizador que permite articular acciones entre los diferentes agentes sociales del barrio, pero también como escuelas de aprendizaje deliberativo, ya que deben dotarse de órganos y sistemas de decisión y funcionamiento propios.

Si atacamos la inercia neoliberal ciudadana a través de estas acciones y empezamos a considerar eficaz aquel espacio que permite el ejercicio activo de la ciudadanía, dando por supuesto que hay espacios que lo permiten e incluso lo fomentan, y espacios que directamente lo impiden, habremos de considerar como un desafío fundamental el fomento y la localización de dichos espacios y prácticas, así como la generación de baremos de evaluación de su "bondad" pública, empezando por modificar los criterios de evaluación de la ciudad misma. Desde la posibilidad de sustituir la medición del PIB por el IPS (índice de progreso social) (Elera,2016) hasta la de implementar protocolos de salud urbana, pasando por la reconsideración de los criterios económicos en sí mismos (Felber y su Economía del Bien Común⁵): andamos tanteando maneras de establecer otros modelos que nos permitan afrontar la crisis priorizando otros valores. En Madrid, la REC (Red de Espacios Ciudadanos)⁶ ha desarrollado un marco común para la cesión de espacios destinados a la autogestión ciudadana con el objetivo de fomentar el desarrollo de los bienes comunes en los barrios de Madrid, marco que incluye los principios de la economía solidaria, además de los propios de cualquier espacio autogestionado como son la economía abierta, la gestión participada, etc. En el caso de la Xarxa d'Economia Solidària de Barcelona, por ejemplo, se está desarrollando una herramienta de balance social: la plataforma de rendición de cuentas y medición de impacto social denominada *Ensenya el Cor*⁷. Esta herramienta permite analizar diferentes proyectos y evaluarlos atendiendo a criterios como la capacidad de retorno social a la comunidad en la que suceden; una herramienta que sería deseable replicar y difundir entre iniciativas e instituciones de manera que, además de la transmisión

de los valores que encarnan, los proyectos informales puedan llegar a beneficiarse y trabajar de forma conjunta con propuestas institucionales de carácter formal. Todos ellos son ejemplos de concepciones mentales diferentes del espacio y sus posibles consecuencias en términos asociativos y normativos.

4. Ciudadanía emotiva

El aprendizaje de las virtudes deliberativas ciudadanas exige no solo la existencia de espacios abiertos al mayor número de ciudadanos, sino la puesta en práctica de dichas virtudes de forma conjunta. A la vista de cómo funcionaron los salones franceses y las *coffee house* inglesas (Sennet, 2012) que fueron espacios de consolidación del nuevo modelo de socialización que supuso la civilidad, la cortesía, la diplomacia, etc., espacios en donde se aprendía a evitar los enfrentamientos directos como única manera de resolver cuestiones de honor, y que supusieron cierta pacificación por lo menos superficial de la sociedad, nos podemos preguntar de qué manera se podría aprender y ejercer la deliberación hoy en día en una sociedad líquida donde los universos de referencia no coinciden muchas veces con las claves del territorio, donde las trayectorias personales (Laddaga, 2006) son individualizadas, cuando vivimos vidas en el medio y tenemos biografías en constante traducción que nos hacen difícil presentarnos y reconocernos incluso ante los demás.

Se ha hablado mucho durante la última década de innovación social, aunque normalmente en el contexto (cómo no) de la economía, podemos considerar que la PAH (Plataforma de Afectados por la Hipoteca) es un ejemplo paradigmático de innovación social. Y ello porque esta misma acción de organizarse constituye un espacio de aprendizaje informal, sobre todo acerca de lo se debe entender por virtudes fundamentales de la ciudadanía activa: aquellas que nos muestran cómo organizarnos para resolver los problemas comunes pasando de un problema individual a una reivindicación colectiva. Creemos que son estos los espacios físicos y virtuales en los que se lleva a cabo un empoderamiento de la ciudadanía, del mismo modo que las variadas asambleas ciudadanas que desde el 15M han ido expandiéndose por todo el territorio nacional, abarcando un amplio espectro de ciudadanos de diferentes edades y procedencias.

Según Abril (2012, 2015), estos han sido los espacios privilegiados de aprendizaje de una ciudadanía activa en la que fluye naturalmente la motivación para la implicación colectiva. El empoderamiento se produciría mediante la capacidad de visualizar y planificar de forma conjunta mejoras locales o globales, así como la manera de llevarlas a la práctica siquiera parcialmente. Esta sería la fuerza principal que alimenta el proceso, localizada como continuación de las experiencias previas de Democracia Real Ya. Abril las define específicamente como escuelas de ciudadanía, y han emergido tras un largo período en el que el descreimiento de toda acción conjunta dejó vacías las plazas física y conceptualmente. Estamos totalmente de acuerdo con él; pero, junto a la hipótesis que aquí se defiende, añadimos un elemento explicativo esencial: estas transformaciones sociales suceden tras mucha siembra paciente, y se han podido dar porque anteriormente habían surgido espacios autogestionados y plataformas de movimientos sociales de segunda generación que incluyeron o sustituyeron parcialmente a las antiguas asociaciones de vecinos (Miquel, 2015) y a los sindicatos en su trabajo de articulación social. Si bien es verdad que la toma de las plazas como experiencia política encarnada (ese poner el cuerpo literalmente que supone la resistencia espacial y la organización comunitaria para la vida en un espacio público) supuso un punto de inflexión determinante en las vidas de muchas personas tal y como se puede comprobar en los relatos de aquellos que la vivieron. Todos ellos hablan de una experiencia no sólo de aprendizaje deliberativo sino también de implicación emocional, esto es, de haber compartido un momento excepcional en sus vidas que supuso una escuela de participación y de activismo abierta a todos e instalada en su condición híbrida. La asamblea se constituyó ahí como espacio relacional y emocional desde la diversidad —en ella se permitió hablar no solo desde la razón sino también desde la emoción.

Ello no significa que la experiencia fuera un intercambio perfecto entre iguales —ese acto comunicativo ideal dirigido hacia la obtención de consensos que satisface a todos—pues aquellos que formaron parte de las asambleas pudieron experimentar de primera mano problemas inherentes: la falta de consciencia y de práctica, los ponentes emergentes, la reiteración y el bloqueo, horas de discusiones sobre temas fútiles que terminan por llegar a un punto muerto, el ejercicio de la democracia en primer grado que lleva a plantearse qué alternativas puede haber, qué utopía hay detrás de la deliberación directa, y si en el fondo no preferimos matizarla y delegar o ser representados en determinadas áreas, pero comprobando, al fin, en

la práctica que es más que necesario. En resumen, se experimentó acerca de cómo vivir fuera de espejismos utópicos los problemas de la deliberación, las trampas de la retórica, los juegos de poder asamblearios, la desigualdad de la potencia global/local metafóricamente representada por los municipalismos contra acuerdos como el TTIP (esa eterna batalla entre David y Goliat) y cómo intentar resolverla (tanto la frustración como la batalla), por no hablar de todos los camuflajes y transiciones de estructuras políticas, ni del simulacro de deliberación vinculado a la manipulación de los medios de comunicación. Estamos lejos de vivir experiencias ideales, pero sólo teniendo experiencias reales podemos transformar nuestra potencia política en un arma de cambio.

5. Comunidades del porvenir

Si somos conscientes de la desafección política causada por la deslegitimación mayoritaria de los partidos políticos, la crisis de representatividad provocada por la ausencia de retorno entre el Estado y la ciudadanía, ¿cómo podríamos recuperar esa vinculación más allá del momento puntual de acontecimiento político sin caer en la reconstrucción de comunidades estancas? ¿Cómo trabajar la implementación de un currículum ciudadano que vaya dirigido a la autonomía al mismo tiempo que a la reconstrucción colectiva? Desde la diferenciación entre lo común y lo colectivo (Delgado, 2008) con la que, a menudo, la sociedad pasa de permitir la cesión de uso a particulares de espacios comunitarios al extremo de ceder totalmente al Estado esos mismos espacios, deseáramos derivar hacia la implementación de espacios comunitarios en los que podamos estar juntos sin consumir (Gopegui, 2009) y donde los vínculos se alejen de los lazos familiares naturalizados y los roles estancos, pero también del sueño tecnocrático de la sociedad de medios y fines. Pero ¿qué tipo de ciudadano se implica en estos espacios y cómo fomentar su apertura a otros perfiles que vayan más allá del joven de clase media con estudios y tendencias un tanto *hipster*?

Sólo nos queda por plantearnos qué tipo de comunidad es posible desde el ámbito urbano sin caer en el espejismo de la comunidad perdida. Por supuesto, hablar de comunidad hoy día es complicado, tras el juego de espejos producido por la comunidad *desobrada*, la comunidad inconfesable, la comunidad inmunitaria... el horror de lo común impuesto, de lo uno, sobre todo en un momento en el que las derivas nacionalistas y xenófobas vuelven a tomar fuerza dentro y fuera de Europa. Somos más que nunca conscientes de la necesidad de constituir comunidades de

disenso, heterogéneas, múltiples, que excedan a las afinidades, es decir, a los supuestos de convergencia política, pero también a las alteridades establecidas, a los márgenes escritos con letra de molde. Que los *perroflautas* y los *yayoflautas* se ponga de acuerdo con los economistas aterrados, que los hombres se sumen a las mujeres en los cuidados, que los fondos monetarios internacionales se crucen en nuestros caminos. De ahí que Negri hable de multitud compuesta por conjunto de singularidades, como alternativa al sujeto político instituido revolucionario en donde no cabe un contrato social cerrado. Tal y como decíamos antes respecto al paso de lo común a lo público, el contrato social hace que el poder político limite el potencial del poder constituyente, opera la transformación de la multitud en el pueblo con la instauración de la soberanía estatal, por lo que necesitamos encontrar vías que permitan crear una diagonal. Se estaría por consiguiente hablando ahora de contacto *versus* contrato; y frente a la unión y consolidación de lo uno comunitario, se estaría defendiendo la asociación de singularidades que cooperan entre sí integrando en el día a día la pedagogía de nuevas formas de gobierno (juntas de distrito, procesos participativos, etc.).

Nuestra única posibilidad de convivir en este planeta cada vez más confuso y explosivo es reconocer que somos diferentes, muchas veces opuestos, que los espacios que compartimos no responden a un ideal de espacio público construido o por construir sino a un espacio/tiempo plagado de problemas, donde los conflictos de uso son la regla. En consonancia con ello, la deliberación debería entrar en nuestros planes de estudio desde el principio, al estilo griego. Los efectos de estos aprendizajes en espacios informales se observan claramente entre quienes han pasado por centros sociales autogestionados, por escuelas alternativas, por familias assemblearias, o que llevan años de discusiones y paciencia, de aprendizaje al cabo del valor de la concisión, de la oportunidad, para la comunidad entera, así como de acallamiento del ego que surge siempre que hay debate, oposición y entrechocar de espadas. No habría que negar la necesidad de ese aprendizaje, es imposible, sino, muy al contrario enseñar obligatoriamente a modularlo como se aprende a no descerrajar un tiro al primero que se oponga a nuestros deseos más ardientes, a desterrar la ley del más fuerte o la ley del más hábil y no por ello caer en conmisericordias varias, y ello porque al final hay que decidir de una manera u otra qué se hace con los desechos orgánicos, cómo se distribuye el terreno de juego, si se acepta o no una financiación institucional y en qué grado, etc.

6. Conclusiones

ISSN 1989-7022

DILEMATA, año 8 (2016), nº 22, 245-255

Si pudiéramos hacer un catálogo esperanzado de horizontes, recomendaríamos la multiplicación de espacios informales de aprendizaje deliberativo: asambleas ciudadanas, proyectos de barrio, centros sociales, pedagogías escolares, etc. Necesitamos no sólo espacios en donde transmitir conocimientos transversales sino espacios donde los valores de la ciudadanía se pongan en práctica realmente, en los que se compruebe la complejidad de cualquier proceso asambleario deliberativo que sea crítico con las diferentes maneras conscientes e inconscientes de ejercer el poder con el fin de saber discernir las mejores formas de hacer evolucionar un proyecto en el que están a la base el conflicto y la diferencia. Enseñar el respeto en la diferencia y la inclusividad no pasa por recitar textos sino por ejercer activamente procesos en los que haya una implicación real con el territorio y el cambio, y para eso hacen falta espacios del común, sean físicos o virtuales, sean urbanos o rurales; espacios en los que asumir las consecuencias de los errores y los aciertos, en donde generar vínculos afectivos reales y procesos de desarrollo intelectual conjunto desde la ignorancia compartida acerca de estas cuestiones por falta de práctica.

A partir de todo ello, concluimos recordando que la ciudadanía activa es un valor realmente a defender y fomentar fuera de los itinerarios formativos institucionales, que la ciudad es algo más que un espacio a explotar —o un espectáculo que vender en el simulacro internacional de paisajes inventados que constituye cualquier catálogo de viajes turísticos— por no hablar de la cámara en donde se aísla el individuo autónomo que nos construimos en la contemporaneidad, que la ciudad constituye un espacio privilegiado para la comunicación y la acción, para el aprendizaje conjunto de una ciudadanía activa no ideal sino casi de urgencia, en un paisaje en el que la violencia y el miedo empiezan a ser los valores mayoritarios ante la alteridad.

Referencias

- Abril, David (2012): *Educación y ciudadanía activa. Reflexiones y propuestas a partir de historias de vida*, Repositorio virtual UNED, www.uned.es
- Aguado, Teresa y Abril, David (2015): El 15M com a espai d'aprenentatge ciutadà. Quaderns d'educació continua, n.º 33, pp. 5-17.
- Blanchot, Maurice (2002): *La comunidad inconfesable*, Madrid, Arena.

- Borja Jordi y Zaida Muxí (eds.) (2011): *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Institut de Drets Humans de Catalunya.
- Delgado, Manuel (2008): *Lo común y lo colectivo. El espacio público como espacio de y para la comunicación*, Madrid, Medialab Prado.
- Delgado Parra, M.^a Concepción (2011): "La comunidad interrumpida y su porvenir". *Cuaderno de materiales*, n.º 23, pp. 185-204.
- Des Fitzgerald, Nikolas Rose and Ilina Singh (2016): Living well in the *Neuropolis*. *The Sociological Review Monographs*, 64:1, pp. 221-237. DOI: 10.1111/2059-7932.12022 - 2016
- Elera, Adriana (2016): *¿Es posible medir el progreso de una ciudad sin el PIB?* En: <http://blogs.iadb.org/ciudadessostenibles/2016/03/03/pib/>
- Esposito, Roberto (2005): *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- García Bernardos, Ángela e Iglesias Costa, Mariela (2015): La ciudad en disputa: crisis, modelos de ciudad y políticas urbanas en Barcelona. *QUID* 16, pp. 39-68.
- Gopegui, Belén (2009): *Deseo de ser punk*, Barcelona, Anagrama.
- Laddaga, Reinaldo (2006): *Estética de la emergencia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo ed.
- Lefebvre, Henri (1972): *Espacio y política*, Barcelona, Península.
- Miquel, Mijo (2015): "Arqueologías de la participación" en: *Sujetos indómitos, una cartografía disidente de la ciudad de Valencia*, Valencia: Tirant Humanidades, 2015.
- (2015): "La tercera piel", *URBS Revista de estudios urbanos y ciencias sociales*, Vol. 5, n.º 2, pp. 179-185, Universidad de Almería, Almería.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael (2005): *Multitud*, Barcelona, Debolsillo.
- Sennet, Richard, (1997): *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza
- (2012): *Juntos*, Barcelona, Anagrama.
- Simmel, Georg (1986): *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.
- Tonucci, Francesco (2009): "¿Se puede enseñar la participación? ¿Se puede enseñar la democracia?". *Investigación en la escuela*, n.º 68, pp. 11-24.

Notas

1. <http://www.patiomaravillas.net/>
2. <http://www.canbatllo.org/>
3. <http://ajuntament.barcelona.cat/ecologiaurbana/ca/pla-buits>
4. <http://www.russafa.org/les-naus-de-ribes/>
5. <http://economia-del-bien-comun.org/es/content/la-idea>
6. <http://www.espaciosciudadanos.org/>
7. <http://www.ensenyaelcor.org/>